

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Preco de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

AMOR DE FIERAS

—Entre usted, Padre.
—¿Está muy mal el enfermo?
—Desahuciado.
—¿Ha pedido los sacramentos?
—Sí, los ha pedido; pero ha dicho que sólo cuando se vaya a morir.
—Pues esta es la ocasión.
—Es que no sabe que se muere.
—Se lo diré yo. Vamos allá.
—Espere usted, Padre; no se lo diga de repente. Será la puñalada terrible.
—Pero, señora, ¿cómo ha de recibir los Sacramentos sin advertírselo?
—Es que, un golpe así... Es mi marido... y usted comprende... ¡Pobrecito mío!
—Precisamente, por el amor que usted le tiene, querrá que salve su alma.
—Sí, sí, tita—intervino una joven.
—Pero es que el enfermo se pondrá peor, es que...
En esto el médico, un joven de afectada seriedad, salía de la cámara del moribundo. La mujer se le acercó como a una tabla de salvación.
—¿Mal?—le preguntó.
—Mal.
—Verdad, doctor, que una emoción cualquiera...
—Nada de emociones.
—Es que el Padre venía para...
—Ya lo he supuesto. Usted comprenderá, Pater, —dijome el galeno mirándome por encima del hombro— usted comprenderá que, ya que no se puede salvar al enfermo, a lo menos hay que evitarle golpes que serían fatales. Por otra parte, aunque yo respete mucho eso de los Sacramentos, una conmoción así...
—Lo sacramentaremos mas tarde—dijo interviniendo otro señor que debía ser por lo menos hermano del enfermo, según lo que por allí maneaba.
—Usted comprenderá, Padre...—dijo la afligida esposa.
—Usted comprenderá...—repitió el médico.
—Sí, señores, lo comprendo todo—dije yo—y, con permiso de ustedes, me retiro.
—No lo tome usted así, Padre. Espere un poco.

Pugné interiormente entre mi dignidad y la caridad que el caso requería. Venció la caridad: me quedé. El médico marchó. Libre del hombre de ciencia, que así amaba a su enfermo, expuse claramente;

—El enfermo se muere. Los Sacramentos tiene que recibirlos con algún conocimiento siquiera de lo que hace.

—Es que... es que... ¡Ay, pobrecito mío!

—¿Hace mucho que se ha confesado?

—Unos cuarenta años; desde que se casó.

¡Como quien no dice nada! Hablé, razoné, medio convencí a la *afligida esposa*, y al cuñado (que al fin como tal me presentaron). Me dejaron obrar por fin: entré en la alcoba.

—El Padre viene a verte, tiito.

Mirada de extrañeza del moribundo.

—Buenos días, amigo mío—saludé yo.

—Buenos—contestó él con torpe lengua.

El Padre—siguió la sobrina—que viene a menudo a casa (mentira), ha entrado a visitarnos; le hemos dicho que estabas delicado y ha querido verte.

Gracias: ya estoy mejor. El médico lo ha dicho.

—Sí, que estás mejor—confirma la mujer.

—Mucho mejor—añade el hermano.

—Sin embargo—objeto yo—bueno sería...

—El otro día—dice interviniendo en la conversación un joven—confesóse un amigo de usted enfermo, el señor Gutiérrez; y ya salió de su enfermedad; y quedó muy satisfecho y tranquilo. ¿No podía hacer usted lo mismo?

—Sí, amigo mío, dije yo decidido, conviene saldar las cuentas con Dios. Usted está grave y...

—El Padre siempre recarga un poco los colores sombríos para convencer—opinó sonriendo el hermano.

—Ya lo comprendo—dijo el enfermo hablando con gran esfuerzo.—Padre, gracias por el interés, pero no estoy para eso. Cuando esté para morir...

—Pero, tiito—objeta la sobrina—confesar nunca hace mal. Además hago una novena para ti.

—¿Pero me muero?

—Muy grave está usted—dije yo.

—¡Qué disparate!

—De ningún modo.

—¡Qué cosas tienes!

Todo esto lo dijeron todos en tropel para ahogar mis palabras fatídicas. El enfermo me juzgó exagerado, gracias al solícito cariño de aquella *amante familia*, que a puro amor empujaba al desgraciado a morir sin Sacramentos.

—Padre—dijo sonriendo—ya ve que no me muero.

Le cogí de la mano; le hablé con el corazón en los labios; eché una que otra mirada de enojo a los miembros de aquella *cristiana familia* que impedían mi obra de salvación; apremié al enfermo.

—¿No cree usted, amigo mío? (Hice señal a los circunstantes para que se fueran poco a poco).

Créolo todo, Padre. He sido un poco olvidadizo de la religión, pero tengo fe.

—Pues entonces...

—Es que...

—Vaya, ánimo.—Todos habían marchado. Estaba solo con el enfermo.—Yo le hablaré. Usted sólo tiene que decir sí o no. Vamos, pues, a confesar.

El enfermo desasíó su mano de la mía y dijo con extraña energía:

—No: no estoy para morir; mi familia, que no me engaña, lo asegura.

Aquel no, me dejó frío.

—¿Dónde están? ¿Por qué se han ido?—preguntó mirando a todas partes; luego tocó el timbre. Apareció la mujer, seguida de los otros.

—¿Por qué os vais?—preguntó el enfermo.

Me levanté descorazonado.

—Adiós, amigo—dije dando mi mano al enfermo, a quien mi presencia molestaba.—Volveré otro rato.

—Gracias.

Al despedirme de la familia, ya en la puerta de la escalera, dije:

—Si muere sin Sacramentos, ustedes serán responsables delante de Dios.

—Pero, Padre...

—¡Ay, pobrecito mío!

—Dispense usted que...

Con todas estas frases dichas por diversas voces, me despidieron mientras bajaba los tramos. Aún oí al salir la voz de la sobrina que decía:

—Le llamaremos, si ocurre algo.
¡Friolera, lo que estaba ocurriendo!

—¡Corra, Padre, que se muere!

Entré en la alcoba. *Aquello* no era ya un hombre: eran los tristes despojos de la muerte.

Lo toqué: estaba frío. Le dí la absolución *sub conditione, si es capax*.

A la familia no le dije nada.

¿Qué le iba a decir?

Al día siguiente encontré sobre la mesa de mi celda este recordatorio fúnebre:

«Ha muerto cristianamente el señor don Fulano de Tal, habiendo recibido los últimos Sacramentos. Su amante esposa, hermanos, etc., etc.»

Me sonreí tristemente.

FR. M. SANCHO, *Mercedario*.

LA CALANDRIA

A la puerta de una casa blanca y risueña del popular barrio de Triana, en Sevilla, se hallaban sensadas siete u ocho mujeres de tipo y edad diferentes, cosiendo unas y viendo coser otras y todas *tomándole* el pelo hasta al lucero del alba que se atreviera a pasar por delante.

—¡Mujé, mira qué inglés!—dijo una de las que cosían, deteniéndose de pronto con la aguja en alto y mirando al frente con fijeza.

Todas dirigieron la mirada y vieron cruzar en dirección al puente de Triana un hombre estafalarío, alto y desgarrado, con un enorme paraguas encarnado debajo del brazo, faja de seda de brillantes colores, largo guardapolvos muy entallado y con mucho vuelo por abajo, sombrero cordobés de anchas alas, largas patillas rubias, botas de montar, el brazo izquierdo en jarras, contoneándose y dándose aires de flamenco...

—¡Ole ya tu mare!—comenzaron a gritar las del coro.

—¡Viva la gracia y la sandunga y el salero y el aquel!

—Oiga osté, musíú Sigarrón, ¿se quíe da su mersé ahora mismo dos pataítas conmigo?—gritó una morena vivaracha, levantándose, comenzando a zapatear y moviendo a compás los brazos.

Una carcajada general saludó la ocurrencia de la morenilla, y mal lo hubiera pasado el inglés con aquellas guasonas si en aquel instante no hubieran comenzado a escuchar unos gritos desgarradores de mujer que partían de una próxima casa de vecindad y que hicieron cesar súbitamente la risa y algazara de las del corro, las cuales, sin moverse de su asiento, cambiaron entre sí una mirada de inteligencia seguida de algunos instantes de compasivo silencio, al cabo de los cuales exclamó indignada la morenilla que había invitado a bailar al inglés:

—¡Però qué mala sangre tié ese tío!

¡Probecita *Calandria*, que va a mori mártir!

A poco cesaron los gritos y salió de la casa, dirigiéndose al corrillo, y secándose los ojos con el revés del delantal, una mujer joven de pura raza gitana con el cabello en desorden y abigarradamente vestida. Detrás de ella apareció en el marco de la puerta un gitano con una vara de fresno en la mano derecha, gritando furioso:

—¡Toma *guillé*, mala pécora! ¡Malos *chusqueles* te *tragelen er drupo!* (Frasas que en castellano significan «¡Vete, mala mujer!» «¡Malos perros te coman el cuerpo!»)

Y dichas estas frases se entró en la casa, mientras *Calandria* llegaba al corro y se sentaba en el suelo sin ceremonia alguna, diciendo a la par con ese acento quejumbroso y dulce de los gitanos:

—¡Dios guarde, mosas güeñas!

Y sin acordarse ya del reciente vapuleo exclamó rápidamente al ver cruzar en aquel momento la calle a un ciclista:

—¡Mia qué señorito montao en una telaraña!

Las demás mujeres soltaron la carcajada y una de ellas, sin cesar de reír, la dice:

—¡Mujé, paece mentira que tengas gana e guasa con er vapuleo que te ha dao Toñuelo! Yo que tú me iba ahora mismo en ca er juez a querellarme por la mala vía que te está dando ese arrastro; y si hasen farta testigos aca estamos nosotras y to Triana, ¿estás tú?

—¡Anda allá, mala persona!—contestó con espanto la *Calandria*—. Antes pierda los *sacais* (ojos) de mi cara que jugarle esa *charrá* a mi Toñuelo. ¿Quiés que yo dé parte pa que lo lleven al *estaribé* (cárcel) y le sacúan er porvo y yo me muera de *ducas* (penas) y mis *churumbeles* de jambre? ¡Majao se vea el que le jaga argún daño a mi Toñuelo! ¡Probecito mío! ¡Pos si es más güeno que er pan blanco!

—¿Bueno? ¡Y te pega cada paliza que te dobla!...

—Tú estás *bartic* (loca), chiquilla! ¡Si me da en hueco pa no lastimarme!

—¿En hueco? ¿Y er verdugón que te hizo aquel día?

¡Poique se le escapó la mano sin queré! Pero luego le dolió a él más que a mí y le mandó recaio a su compare er tío Tiñoco, que medio arbeita pa que me curara. A más, que si me pega alguna vez es poique yo le doy motivo y él tié el genio un poco volao. Hija, alguna farta había e tené er y alguna cruz yo, poique, como dice er pae Rafaé, er capellán de la pirroquia, que es mu güeno y mu campechano y tié mucho ángel, naidie pué estar sin cruz, y ar que quíe sortá la que tiene le cae encima otra más grande. Así que lo mejó es que ca cual se aguante con la suya y le dé gracias a Dios. Empués e to, más vale que mi Toñuelo sea un poco polvorilla que no que fuera *chori* (ladrón), como toos los gitanos.

—Eso es verdad, *Calandria*. No hay en too Triana un gitano más honrao que Toñuelo.

—Ni en Triana ni en too el globo te-

rráqueo. Ni es *chori* ni *juerguista* ni malgasta un rial ni hace na malo. ¿Y trabajaó? Como que es er único visio que tiene.

—¿El de trabajar?

—Pos claro está: ¡chiquilla! Entre los gitanos eso está mu mal visto. Pero mi Toñuelo no se está quieto nunca. Ni en jamás ha tenío que ver na con el juez ni con ningún usía de la ley, y pa que no tenga que ver en toa su vía con escs leones es pa lo que le rezo toas las noches las seguidillas de la *Generala* al Santo Cristo de la Expiración.

—¿Que rezas seguidiyas, *Calandria*?—replicaron a coro las mujeres.—¿Y qué seguidiyas son esas?

—¡A ve!; unas seguidiyas muy güenas que me enseñó una conosía nuestra que la llaman la *Generala*.

—¿Y cómo son esas seguidiyas que valen de oraciones? ¿Nos las quieres decir?

—Son cosas mu sagraas, y las cosas de los gitanos no se pueden decir tan aína, manque nos ajorquen.

—Pero, ¿por qué? Si nosotras no hemos de venderte... No seas tonta, mujé. ¡Dilas! Te daremos un real para que les merques pan a tus *churumbeles*.

—¿Y aguantaréis el mirlo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si sus callaréis...

—¡Sí, mujé, sí! ¡No tengas cuidao!

La *Calandria* se torció con donaire el pintarrajeado mantón, cruzó las manos sobre la rodilla, y con dulce y sentido acento recitó entonces la siguiente extraña plegaria, tan propia en su forma del pueblo bajo de Sevilla, y en cuyo fondo no tendría que tachar absolutamente nada la ortodoxia más pura:

«Parecito mío,
que en cru está clavao
con las curpas que toos cometemos,
que eso son tus clavos.

Eso son tus clavos,
¡curpas mardesías,
porque ar Pare más güeno de toos
le han costao la vía!

¡Qué doló tan grande,
Paresito mío,
que ar más güeno de toitos los pares
lo maten sus hijos!

Te hemos dao mar pago,
negarlo no pueo...

¡Pare mío, perdona a estos probes,
ya que eres tan güeno!

—¿Y todas las noches rezas esa oración, *Calandria*?—preguntaron las del corrillo.

—¡Toas! ¡Sin faltar una! ¿Pus no véis, *chaveas* (muchachas), que mientras la rese no pue ocurrirle ningún mal a mi Toñuelo ni a mis *churumbelillos*? ¡Manque me quee mía no dejaré de resarla!

(De la «Hoja Dominical», de Madrid).

La calumnia es como la avispa que os importuna y contra la cual es necesario no hacer ningún movimiento como no se tenga la seguridad de poder matarla, pues de lo contrario vuelve a la carga más furiosa que nunca.

Chamforl.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret continuaba predicando su doctrina.

Sus frases hirientes a veces para aquellos corazones endurecidos, llegaban para otros como albores de una justicia hasta entonces no conocida. Con duras palabras o con parábolas llenas de un práctico sentido de la vida, hacía resaltar las ambiciones y egoísmos humanos, encubiertos muchas veces por aparatosos legalismos litúrgicos.

El mal era señalado en cualquier sitio donde se hallaba. Y uno a uno iba desmontando los ídolos que los humanos habían levantado sobre pedestales de barro.

...Y hablando a sus discípulos dijo cierto día:

—«No todos los que me dicen: ¡Señor, Señor! van a entrar en el reino de los cielos.»

Los ambiciosos sacerdotes del Templo, los fariseos de todos los tiempos, los egoístas, los que aparentaban ante los demás como modelos de religiosidad y de justicia, comprendieron muy bien la intención de sus palabras.

Aun suena en los oídos de muchos la terrible censura del Nazareno.

Y aun viven los fariseos, los especuladores de los sentimientos ajenos, de la bondad, de la credulidad de otros. Aun siguen aprovechándose de su espectacular posición social o ficticiamente religiosa, los eternos explotadores de la buena fe de los demás.

Los vemos alardear de una religiosidad aparente, ostentando puestos en juntas y ocupando los cargos de más vistosidad. Ellos parecen representar la pureza de unos ideales que solo sienten por circunstancias y por conveniencias.

Desfilan, a veces, procesionalmente, alardeando con orgullo de creencias religiosas, en estos momentos en que el Estado católico actual da fácil protección y cierta «elegancia espiritual» a la doctrina que la Iglesia representa.

Hoy es de buen tono figurar aparatosamente en organizaciones católicas. Por eso no faltan y se mueven escandalosamente llamando la atención por sus actividades en favor de las creencias religiosas. Todos los conocen. Saben de sus vidas íntimas.

De cómo se han enriquecido muchos. De cómo han violado el sagrado deber del matrimonio. No se sabe de públicas rectificaciones cuando hubo públicos pecados.

Sólo saben las gentes que hoy tan escandalosamente como ayer alardean de sentimientos... que no traducen en sus actos de la vida privada. Y gritan más que nadie ante quien les mira, el ¡Señor, Señor! in-cados de rodillas, si es preciso.

La escena se repite. El fariseo sigue rezando su oración llena de orgullo, pero a sus oídos también llegarán las palabras de Jesús de Nazaret: «No todo el que me dice, Señor, Señor!...»

Hoy es muy fácil ser católico aparente. Muchos encuentran en la religión una protección muy necesaria a sus intereses me-

jor o peor adquiridos. Las revoluciones, condenadas por la Iglesia, les ponen a cubierto de que puedan algún día tener que abandonar lo que en momentos de poca honestidad comercial adquirieron con sus actividades mercantiles. Por eso ahora «se acogen a sagrado... aunque más vale tarde que nunca», como nos dice Cervantes en el famoso coloquio de los perros de «El Casamiento engañoso».

Y así acercándose al sagrado recinto de la Iglesia creen encontrarse a cubierto; pero ni el mundo deja de adivinar sus falsas y engañosas creencias, ni tampoco Dios habrá de dejarse engañar por la oración que los nuevos fariseos pronuncien en su presencia aunque aparatosamente figuren en todas las actividades y en primera línea.

Sus donativos no son la medida de lo que deben de satisfacer sino que es casi todo su capital lo que debían de entregar con el fin de compensar en algo el mucho mal que hicieron a sus semejantes. Unas veces directamente y otras de modo indirecto.

Dan lo que les sobra, como remordimiento de conciencia, como si con esos donativos más o menos espléndidos pudieran comprar acciones en la otra vida o parcelas de terreno en el más allá.

—«Vende lo que tienes y dáselo a los pobres», a los necesitados, a quienes has privado del pan, a quienes hundiste en la ignominia y el deshonor, a los que arrojaste a la desesperación. Si no los conoces la Iglesia sabe donde están. Ella se lo llevará y cubrirá las necesidades que creaste con tu vida deshonrosa y tus negocios inmorales.

No hay otro camino. Lo demás es una farsa que a nadie engaña. Recuerden los fariseos de hoy: «No todo el que dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos».

Las lecciones que Jesús de Nazaret da a sus discípulos para que las transmitan a las generaciones que les sucedan, son duras, pero revelan un principio de justicia y de verdad.

En un rincón del Templo un publicano, humillados sus ojos al suelo, rezaba también al Dios Todopoderoso. Su oración era la oración del que se siente pequeño, por eso sus labios no sabían decir más que: «Oh Dios, compadécete de mí que soy un miserable pecador».

R.



D. O. M.

Faustino Cadavieco Menéndez

entregó su alma a Dios!

el día 24 de Julio de 1946

Sus hijos suplican a todos los lectores de RELIGION Y PATRIA una oración por el eterno descanso de su alma.

**Padre nuestro....,
Descanse en paz. Amén.**

Oración del Pez

SONETO

Gracias, Señor, porque a mi cuerpo diste agua en que descansar, y a mi sustento tengo en el mar, y mi entretenimiento en sus rocas y plantas me pusiste.

Por la gracilidad que consentiste a mi flexible y suave movimiento; por el color buscado a puro intento para la escama que mi cuerpo viste.

Por todo esto, Señor, reconocido canto de tu Grandeza la hermosura y mi agradecimiento nunca olvido.

Y sobre todo, oh Dios, es mi ternura por haberme entre tantos escogido para que te sirviese de figura.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Gijón, agosto, 1946.

Jeroglífico núm. 29, por Morán

NOTA

.

NOTA

NOTA

NOTA

NOTA

Dicen que es muy afectado y pulcro en demasía

Comentando

EL PEZ

Como el pez en el agua. Así reza el castizo refrán castellano para expresar una situación de permanencia agradable en un sitio. Casi me atrevo a decir que es algo así como decir que el que en tal estado se encuentre, por sibarita y escogido que sea, se siente feliz.

Ahora, lo que nos hacía falta saber, es lo que pensaba el pez sobre esto. Yo mantengo en mi casa (exposición días laborables, de tres a cuatro) en magnífica pecera, un pez diminuto y coloradito, saltarín y juguetón en extremo. Detesto los animales caseros porque manchan la casa, dan trabajo, alborotan y cuestan dinero. El pez, no. No se sale de su diminuto estanque, no exige atenciones de ninguna clase, pues hasta aguanta sin cambiarse el agua y sin alimentos todo el tiempo que se necesite para acordarse de estos menesteres, es silencioso y suave, no come y es juguetón y entretenido como ningún otro animal.

Los canarios pueden alegrar un momento nuestra vida con la dulzura de sus delicados trinos, pero a la postre nos cansan, más que nada, porque no son muy limpios, y porque solamente tienen un disco invariable. Los peces, no. No se meten con nadie y nada exigen, y nos entretienen con sus vistosas evoluciones submarinas.

Tiene siete años mi pez, y a esta edad creo que ya se le puede considerar un hombrecito. Por eso me dirijo a él para que me explique qué piensa sobre el refrán que da principio a estas líneas. Me acerco a la pecera y se lo pregunto. La primera contestación de momento me parece absurda. Me dice:—¿Cuánto cuesta el litro de aceite?—Recapacito y creo que es por miedo a que le queramos sacar a vivir fuera del agua y se las tenga que manejar como nosotros para gobernar una casa. No era eso. El mismo me lo explica con su se-

gunda pregunta:—¿Dónde están mis otros setenta y siete hermanos?

Ahora, ya caigo. Ladino como perro viejo, demuestra en su filosofía ser más gallego que asturiano. Hace siete años gozaba de su libertad en el estanque grande de una magnífica quinta de recreo. Una comida de campo, en unión de unos buenos amigos, nos hizo sentir ese optimismo capaz de pintarnos como un verdadero placer el de la pesca, y setenta y ocho peces pasaron del estanque a la panza de una enorme botellona de cristal. Luego vino el reparto. Yo me quedé con más de la mitad, que repartí entre los niños de mi familia. A mi pecera vinieron a parar once.

¡Qué destinos más diversos los de aquellos inofensivos animales! Hasta hubo quien los quiso enseñar malos vicios y les echó vino en el agua. ¡Oh nobleza heroica de los peces! Antes de

caer por primera vez en la tentación de emborracharse, prefirieron la muerte. Al siguiente día sus panzas blancas sobresalían fúnebres de la superficie de la pecera. Otros quisieron domesticarles y hacerles dar saltos mortales. Todos murieron en la primera prueba. Hasta hubo quien quiso poner a un pez un bozal y sacarlo a la calle atado a una cadena.

Los míos duraron más que ninguno, y es natural, porque yo no me preocupaba ni de cambiarles el agua. Pero así y todo, poco a poco, se fueron muriendo, y hoy vive en su pecera, soltero y solo en la vida, mi interlocutor.

Le repito una y mil veces la consabida pregunta sobre el refrán antes dicho, y siempre su contestación a la gallega, es la misma pregunta-respuesta sobre sus hermanos. Viendo imposible lograr de mi pez nada más claro, medito sobre su pregunta-contestación, y al fin me la explico.

Los peces en el agua serían felices si no tuviesen miedo a que los pescasen.

Analízate por dentro, lector, a ver si a tí te pasa lo mismo que al pez en el mar de las tentaciones.

HERO

Anécdota

Un famoso charlatán quiso inscribirse en la escuela de elocuencia de Isócrates, famoso orador ateniense, que le pidió doble remuneración. Y a la extrañeza del futuro discípulo le contestó diciendo:

—Una paga es por enseñarte a hablar... y la otra por enseñarte a callar.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - GIJON - Telefon 1817

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 **GIJON**

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 **GIJON** Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 **GIJON** Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 **GIJON** Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO

(edificio de su propiedad).

PRESTAMOS A INTERÉS MODICO

Imp. LA VERSAL.—Gijón